EDICIONES A. J. M.

MANUAL

DE

FORMACIÓN ALIADA

Por el

Rvdo. Sr. D. Antonio Amundarain,

Director General de la Obra

MANUAL DE FORMACIÓN ALIADA

EDICIONES A. J. M.

MANUAL

DE

FORMACIÓN ALIADA

(Libro exclusivo para las hermanitas de la «Alianza en Jesús por María», que contiene importantes aclaraciones sobre el sentido del Reglamento de la Obra, y da normas y marca orientaciones de formación auténtica de aquellas en el espíritu de la misma).

Nihil obstat:

DR. PLÁCIDO INCHÁURRAGA.

IMPRIMATUR

Victoriae 3 augusti 1944.

DR. JOSEPH MARÍA GOY

Hay un sello que dice:

Obispado de Vitoria.

VITORIA.- Imp.,Lib. Y Enc. Montepío Diocesano.- San Antonio, 8 y 10

CAPÍTULO III

Aspirantes.

III. La Virgen María

Ya en los umbrales de la Alianza nos ha sor prendido la visión de un jardín de lirios y azucenas. Al dar ahora el primer paso hacia dentro, nos sale al encuentro la divina jardinera, la Virgen María, la Inmaculada y Purísima Doncella de Nazareth; Ella es la que cultiva este jardín, la que cuida estas flores, la que las riega y abona y la que se recrea en sus aromas y hermosura.

Por eso creemos muy justo que sea de ella (y no de otra cosa) el primer pensamiento, la primera intención, la primera ocupación de las aspirantes.

Además, la aspirante viene a entablar una gran batalla contra los enemigos de su alma, principalmente contra el mundo, y aquí, mejor que en ninguna otra parte de la Alianza, necesitará ella la sombra benéfica, el dulce arrimo, la mirada alentadora, el apoyo eficaz de su gran Madre.

¿No es, por ventura, Ella la que ha inspirado, ordenado, dispuesto, dado vida y calor a la Alianza desde el primer instante de su fundación? ¿No es Ella la Estrella divina que ha guiado a las primeras almas que dieron forma Y movimiento a la Obra? En María, providencialmente, tiene su asiento y su primera piedra el edificio de la Alianza. En Ella descansa, en Ella se asegura, en Ella se sostiene, en Ella respira, vive, aprende, avanza y triunfa.

Así como en las primeras luchas de la Iglesia, después de la Ascensión de Jesús a los Cielos, María fue el sostén, el

aliento, el apoyo y el consuelo de los Apóstoles; así María lo es de la Alianza. Y así como en España, con las grandes dificultades y desalientos del Apóstol Santiago, María, con su visita en carne mortal, es el Cimiento, el sostén, la columna de la fe y del Evangelio, de la misma manera Ella es el sostén, el fundamento, la columna de la Alianza.

Bien necesita, pues, del calor de María el alma, que, dejando a un lado los halagos y regalos del mundo, emprende la subida a las alturas de la vida santa, pura y sacrificada en la Alianza.

Mil veces habrá de mirarla, invocarla, besar su medalla bendita, buscar su defensa y escudarse en su maternal regazo.

¿Y no es también Ella, desde los primeros pasos, su modelo, su ideal, su primera hermanita en la Casa de Nazareth, pura, amante y sacrificada?

Demos, pues, aquí preferencia a algunas consideraciones sobre verdades fundamentales de vida mariana, a la que queremos se aficione toda alma que quiera ser aliada.

Por María. — Desde su fundación lleva la Alianza en su escudo y en su propio nombre la expresión y significación de esta consoladora verdad, una de las más destacadas de la Mariología: A Jesús por María. En la idea de la Alianza nunca se ha prescindido de esta eficacísima intervención, la más positiva, de la Virgen Santísima.

Si la Alianza es unión de almas...; almas estrechamente unidas entre sí por identidad de vida, de plan, de ideales, de fines, etc., unidas «en Jesús», en su amor, en su Evangelio, en su vida divina, etc., esta unión tiene su fuerza, su lazo, su cadena, en María; es decir: Alianza (unión) en Jesús por María.

Cabalmente, de este pensamiento hemos deducido este otro, tan peculiar y característico en la Alianza y que es la esencia de su lema: «Al amor por la pureza».

Siendo Jesús nuestro amor o el ideal de nuestro amor, el camino a este amor en la Alianza, la cadena que a él nos une es la pureza, simbolizada gráficamente en María Purísima.

Es, pues, uno de los puntos cardinales, una de las notas fundamentales de la Obra, el estudio a fondo y práctica constante de la vida mariana, y la formación de las hermanitas, en la verdadera devoción, amor e intimidad, considerándola, además, como el ideal y ejemplar acabadísimo de una perfecta aliada.

María Mediadora.—«A Jesús por María», es pensamiento que más se deja ver en nuestra Obra de la Alianza:

Resumamos brevemente esta doctrina con forme a los principios fundamentales de la Teología.

Este título de Mediadora, aplicada a la Virgen María, no es de hoy; desde los primeros siglos de la Iglesia nos hablan en este sentido los Santos Padres. Veamos qué es lo que se significa con este título; para lo cual, y para proceder con más exactitud y autoridad, dejaremos con sumo agrado nuestra pluma al docto y piadoso mariólogo P. Santiago Alameda, O. S. B. En su obra, «María Mediadora» hallamos abundantísima y escogida materia.

Suyo es lo que sigue: «La primera de las bases en que se apoya el título de «Mediadora» que la Iglesia ha dado siempre a la Santísima Virgen, nos la suministra el célebre pasaje del Génesis, conocido comúnmente con el nombre de Proto-Evangelio, por hallarse en él la primera promesa del futuro Redentor.

«Vemos en este pasaje a Dios, que se presenta en el Paraíso momentos después de cometido el pecado por nuestros primeros padres, y dirigiéndose a la serpiente la conmina que, por cuanto se había valido ella de una mujer, captándose fraudulentamente su amistad, para perderla y para perder al varón, jefe y cabeza de la humanidad entera, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, El también suscitará una mujer, una segunda Eva, enemiga suya, y de ella se valdrá para proporcionar al mundo un nuevo Adán, que devuelva a los hombres la gracia perdida.

«Este segundo Adán, nos dice expresamente San Pablo, que es Jesucristo, y esta segunda Eva, afirma indirectamente el Apóstol y lo confirma y asevera la Iglesia, es la Santísima Virgen. Eva nos hizo esclavos, María nos hará libres. Eva fue madre del pecado, María lo será de la gracia; Eva nos privó de Adán, fuente universal de la vida de la gracia, María nos dará un nuevo Adán, Jesucristo, y será nuestro camino para llegar a Él. *Ad Jesum per Mariam*. Mediadora delante de Jesús, como Jesús es mediador y camino para llegar los hombres al Padre.

«Es principalmente en el relato de la Anunciación, trazada por San Lucas, donde los Padres han visto escrito, no con palabras, sino con hechos, que María es la Eva de la Nueva Alianza y la Madre y Corredentora del pueblo nuevo; y se han complacido en destacar la sorprendente analogía que existe entre la escena del Paraíso y la de Nazareth.

«Un ángel de tinieblas se dirige a Eva, un Ángel de luz a María. Eva era virgen al pecar; Virgen era María. El ángel de tinieblas, hablando a Eva, le inspira proyectos de rebelión; el Ángel de luz persuade a María la obediencia. Eva cree a la serpiente; María al Ángel. Eva pronuncia la palabra de muerte; María la de la vida. Eva, seducida por el demonio, es obligada a huir ante la faz de Dios; María, instruida Por el Ángel, se hizo digna de llevar consigo a Dios. De este modo,

dice Tertuliano, una fe obediente, borra la falta de una credulidad temeraria; y María, creyendo a Dios, repara lo que había destruido Eva creyendo al demonio: «*Quod illa credendo deliquit, haec credendo delevit*».

Viniendo, pues, al significado de esta palabra de Mediadora, quiérese decir que la Santísima Virgen tiene el oficio de conducir las almas a Jesús, como Jesús tiene de conducirlas al Padre; que, por consiguiente, Ella es a) la más acepta o cercana de Jesús; b) la corredentora o cooperadora con Cristo y por medio de Cristo a la Redención y c) la dispensadora, con Cristo, de todas las gracias.

María, la más cercana de Jesús.—Lo primero que se requiere en el que ha de reconciliar a dos partes desavenidas, es el estar provisto de dotes que le hagan acepto y poderoso para apagar los odios y encender entre ellas la llama del amor. Por eso Jesucristo, como Dios-Hombre, fue mediador aptísimo para reducirnos al amor y concordia con nuestro soberano Señor, pues quien había de hacer tan grandes y tan generales amistades, quien había de hacer amigos de tantos enemigos como eran todos los de los siglos pasados, presentes y, venideros, necesitaba ser amicísimo y gratísimo a los ojos de Dios, para que con la grandeza de su amistad se echasen en olvido tantas enemistades. Y ¿quién podía ser para esto más apto que el Unigénito Hijo de Dios, infinitamente amado de su Eterno Padre? Y esto que decimos de la mediación de Jesús, se aplica igualmente a, la que María ejerce delante de su Hijo a favor de todos los hombres.

María es agradable y poderosa delante de su hijo Jesús, en primer lugar por su santidad, su virtud, la perfección de su gracia y copia de méritos imponderables. «María —dice Santo Tomás— fue llena de tanta gracia, que desbordó y se derramó sobre todos los hombres. Mucho es que un santo tenga bastante gracia para salvar un gran número de almas; pero lo que sería grande y extraordinario privilegio es que

tuviese esa gracia en medida suficiente para salvar a todos los hombres del mundo. Tal es lo que sucede en Jesucristo y en la Santísima Virgen».

«Si por un imposible —añade Suárez— María pidiese a Dios una merced y toda la corte celestial solicitase del mismo Dios lo contrario de lo que solicita la Reina, la oración de la Virgen sería la más poderosa y eficaz...»

«El mundo —exclama San Anselmo— tiene sus Apóstoles, sus Patriarcas, sus Profetas, sus Mártires, sus Confesores, sus Vírgenes, buenos y excelentes abogados que deseo invocar reverente, pero Vos, Señora, sois mejor y más levantada... Lo que ellos pueden con Vos, lo podéis Vos sola y sin ellos...»

¡Oh, sí! María es Madre de Jesús, y esta dignidad la coloca tan cerca de Dios, que la constituye en un rango especial, infinitamente superior, hasta cierto punto, a todo rango de la creación.

Pero no basta que María esté cerca de Dios, es preciso que también esté cerca de nosotros; así es verdadera mediadora.

Para eso quiso Dios que María tuviese entrañas de amor y título y oficio de verdadera Madre, con obligación de mirar por los hombres y de trabajar en socorrer sus necesidades.

«Para que pudiese socorrernos, escribe Bossuet, eran precisas dos condiciones: que su grandeza la acercara a Dios y que su bondad la acercara a nosotros. La grandeza es la mano que toma, la bondad la mano que distribuye; y ambas cualidades son necesarias para que la comunicación sea perfecta. Siendo María la Madre de nuestro Salvador, su calidad la levanta muy alto ante el Padre Eterno; y siendo nuestra Madre, abájala su afección hasta compadecerse de nuestra debilidad, hasta interesarla en nuestra dicha».

La Virgen, pues, está colocada en un estado medio entre Jesucristo y nosotros, a manera de puente y paso de nivel para ir al supremo mediador e interceder por nosotros los pobres pecadores.

Es el simbólico arco-iris y la escala de Jacob, tocando el cielo y la tierra; la tierra con su ser natural y el cielo con su santidad y dignidad de Madre de Dios. Por María bajó Jesús a la tierra y por Ella deben los hombres subir al cielo.

La hermanita cercana a Jesús.— Gran solución nos da la doctrina expuesta para aclarar y resolver muy satisfactoriamente la clave de la especial vida que la hermanita de la Alianza ha de vivir en el mundo.

La aliada, según la definición del Reglamento, debe aspirar a una vida no vulgar, sino de gran perfección y santidad; perfecta unión, intimidad y hasta familiaridad y amor con Jesús. La vida de la aliada no es vida a distancia con Jesús; sus relaciones son de gran acercamiento a Él; su vida de oración y de Eucaristía, su consagración y sus votos, su desprendimiento y espíritu de vida interior, la colocan en una esfera de gran intimidad y unión con Dios. La aliada es esposa verdadera de su divino Corazón, es alma subida que se acerca a Jesús, que toca a Dios, está en Dios, vive en Dios, es su confidente, su amiga, su reparadora, su consoladora, su amada que no se separa de El...

No obstante, la hermanita está en el mundo; su estado, su destino, su carrera, su oficio, su condición de hija del hogar, la obligan a permanecer sin salir un palmo de su carácter y condición de mujer seglar, que vive en el mismo pueblo, barrio, calle y casa, trabajando en la misma ocupación que las demás mujeres del mundo.

La hermanita es un alma que, por su profesión de virgen consagrada a Dios, debe vivir en Dios, en el cielo, y

por su destino, carrera y oficio, debe al mismo tiempo vivir en medio del tráfago mundanal.

Dos extremos, los más opuestos, abarca la hermanita: la intimidad de Jesús, entre las salpicaduras de la vida terrena.

CAPÍTULO IV

Hermanitas iniciadas.

III. La Virgen María

Prosigamos, con toda nuestra piedad y devoción a Ella, el tema iniciado en el anterior capítulo.

Como necesariamente habrán de ser las mismas las aspirantes de ayer y las iniciadas de ahora, las instructoras se encargarán de dar unidad a las consideraciones que allí se escribieron con las que, aquí vamos a añadir, con el favor de Dios y de Ella.

a) La Corredentora: Otro de los elementos de la mediación de la Virgen Santísima es su concurso y cooperación en la obra de la Redención del mundo.

El concurso de María a nuestra Redención es paralelo al que prestó la primera mujer al pecado del primer hombre. Este concurso no fue necesario. Si sólo hubiese pecado Eva, ningún mal hubiera resultado para los demás hombres. Por el contrario, con que sólo hubiese caído Adán, todas las desdichas, que actualmente vienen de la infidelidad de los primeros padres, hubieran sobrevenido sin excepción como ahora. Sin embargo, no puede negarse que todo el mal vino al mundo por Eva, por cuanto, si Adán pecó, pecó inducido por las solicitaciones y deseos de su esposa. Y esto basta para que, así la transgresión como las consecuencias que sobrevinieron, puedan y deban imputarse totalmente a Eva.

El concurso de María a la gran obra de la Redención,

tampoco era necesario. Si el Verbo no se hubiera encarnado y ofrecido al Padre en sacrificio por la salvación del género humano, todo cuanto hubiese hecho la Santísima Virgen no hubiera servido de nada. Y si Él se hubiera encarnado y ofrecido en sacrificio sin intervención de María, sus méritos hubieran sido igualmente suficientes y sobrados.

No obstante, es muy cierto que, de hecho, la predestinación la debemos a la Santísima Virgen, y que María fue para nosotros causa y fuente de todos los bienes, como Eva lo había, sido de todos los males; pues a Ella debemos la persona del Redentor, y, por consiguiente, los méritos y gracias que de Jesucristo nos vienen.

A Ella, a María. Y no sólo de un modo material, como debe la Patria su salvación a las madres de los héroes que alcanzaron la victoria, sino formal. Antes de dar su consentimiento para ser Madre, la Virgen supo por el Ángel que el hijo que había de concebir era Unigénito de Dios y que venía a redimir al mundo.

Y si aceptó las proposiciones del divino legado, lo hizo con miras a nuestra Redención y deseosa de Ella. Obró, pues, libremente y conscientemente; y con no menos verdad le debemos la salvación a Ella que a Eva nuestra desgracia y nuestra ruina.

Eva fue la que del árbol cogió el fruto y lo dio a Adán, para que, comiéndolo, ofendiese al Criador y se arruinase con su posteridad. Y María fue la segunda Eva, que en su divina maternidad tomó, cual fruto de sus entrañas, un cuerpo purísimo formado de su carne y de su sangre, y revistió de él al Verbo, para que, unido a su persona divina, redimiese al hombre caído. María fue la que proveyó al mundo de Redentor, dándole el fruto de sus entrañas: y, por eso, María, es verdadera y propiamente la Reparadora y Corredentora del género humano.

Y lo fue Ella, no sólo (como dicen los protestantes) por una extremada liberalidad de Dios Sara con Ella, sino también por sus incomparables y personales merecimientos.

Verdad bien probada es que la Virgen fue la más extraordinaria de las criaturas desde el instante de su concepción, prevenida con gracias, virtudes y dones sobrenaturales en eminentísimo grado, preservada de la culpa original y de toda imperfección e inclinada por fuerza divina a la más encumbrada santidad. Pero es, al mismo tiempo, verdad probada, que ninguna criatura, como Ella, ha respondido con tanta generosidad y fidelidad a los prodigiosos talentos recibidos en su alma de la mano del Soberano. No los enterró infructuosos, como el perezoso del Evangelio, sino que, con actividad prodigiosa los dobló, como el que recibió los cinco o los dos.

María es rica, por lo que ha recibido de Dios; pero aún es riquísima por lo que Ella ha ganado. Sus fundamentos fueron sobre la cumbre de las montañas; pero sus ascensiones son inconmensurables e inaccesibles para el hombre.

Tan maravillosa aparece María a los ojos del Criador, que, según el sentir y modo de expresarse de los Santos Padres, Dios se dejó prender y cautivar por su santidad, gracia y hermosura sobrenatural, y, enamorado y ciego, se rebajó a pedirle consentimiento, para hacerse hombre en sus entrañas. «Nace María —dice San Pedro Damiano— y llegada a los años de la pubertad, aparece revestida de una hermosura tan grande, que atrae en pos de sí las miradas de Dios y le arrebata y roba el corazón...»

«Dios estaba, dice San Bernardo, ya en María antes de que se llegase el Ángel, pues, era tal la gracia y santidad que en ella resplandecía que Dios no pudo aguardar por más tiempo... Y al punto, saliendo el rey de su sagrado lugar,

emprendió como un gigante la carrera; y, aunque su partida fue desde un extremo de los cielos, llevado en alas del más ardiente deseo, se adelantó al nuncio enviado a la Virgen, que amaba..., cuya hermosura le cautivaba...»

Excelsa figura la de María, según estos grandes Doctores...

Su primer rasgo de belleza, de esa plenitud de belleza que el Ángel expresa al llamarle «gratia plena», es su virginidad encantadora. El Esposo de las vírgenes reveló a María este secreto, que en el mundo no tenía aceptación. Con voto irrevocable la confirmó Ella y la perfeccionó; y éste fue el primer paso, la primera cadena con que atrajo al mundo al Redentor.

Esta virtud iba unida íntimamente a su profundísima humildad, que es base y fundamento de todas las virtudes.

«Por la humildad, antes que por ninguna otra virtud, quiso Dios nacer de la Virgen...», ha dicho San Jerónimo.

Juntemos las dos y digamos con San Bernardo: «*Virginitate placuit, humilitate concepit*»; «Con la virginidad le cautivó, con la humildad le concibió».

María, pues, con sus merecimientos, virtudes y ardientes plegarias, nos mereció y nos trajo al Redentor. Bien podemos decir que la venida de Jesús al mundo es obra de la Virgen Santísima.

Y Ella, después, en toda la carrera de su vida mortal, le acompañará con asombrosa sumisión y fidelidad, desde que se ofreció incondicionalmente «*ancilla Domini*», verdadera esclava del Señor. Y Ella en la cumbre del Calvario, juntamente con su gran sacrificio personal, ofrecerá al mundo el fruto de su vientre, fruto de la Redención, allí junto al árbol de la Cruz, como Eva nos brindó el fruto de muerte junto al árbol del Paraíso.

María es, pues, la CORREDENTORA.

¡Hermanita! ¿Quieres saborear el fruto sazonado de tu redención, de tu salvación, de tu santificación, de tu inmortalidad; el fruto que te hace virgen, que te hace pura, que te eleva, que te deifica?

Este fruto es Jesús; pero te lo ha preparado, te lo ha traído y te lo ofrece, en bandeja de oro, tu madre divina.

Tómalo de su mano, y come.

b) La Dispensadora: Sumamente interesan-e es este nuevo aspecto de la mediación de la Virgen María. Considerémoslo brevemente.

María, como se ha dicho anteriormente, mereció «de congruo», dicen los teólogos, con sus obras perfectísimas, con sus virtudes heroicas y con sus omnipotentes plegarias, los grandes misterios de la divina maternidad, de la Encarnación, de la venida de un Salvador; y cooperó luego en su vida oculta, pública y dolorosa, con El, en la obra de la Redención, alcanzando con toda propiedad el título de Corredentora de los hombres.

De aquí nacen sus incomparables prerrogativas y privilegios y plenos derechos sobre los bienes y frutos procedentes directamente de la Redención, cuya distribución entre los hijos es la obra magnífica de su corazón de Madre de los hombres.

Dícese de Esther, que, por haber logrado desbaratar los planes sangrientos del pérfido Amán, el rey Asuero dispuso que todos los bienes de aquel perverso ministro fuesen entregados a la fidelísima reina.

Así también María, desbaratando los planes de Lucifer, se hizo acreedora y dueña de los bienes de la Redención en favor de los redimidos.

«Para precaver errores dice muy atinadamente el P. Santiago Alameda—, nótese ante todo, que dicha mediación no supone que las gracias pasan materialmente por sus manos, como pasaría un libro u otro objeto material, ni que tenga Ella las llaves de alguna cámara o depósito en el que se hallarían atesoradas...

«Tampoco es cierto que consista propiamente en pedir o interceder a favor de aquellos, cuyas necesidades quiere remediar, por más que así se repita comúnmente entre los autores que tratan de la materia...

«La Santísima Virgen, como Corredentora y causa formal de la Encarnación y de la Redención, tiene cierto dominio sobre todos y cada uno de los bienes que vinieron al mundo por Cristo. De manera que no necesita pedir, sino autorizar la distribución, dar su anuencia, su aprobación, su consentimiento...

«Sabe muy bien que, como a madre, y, además, en premio de la Corredención, Dios le ha dado poder omnímodo para disponer de las gracias y satisfacciones de Cristo en favor de sus devotos...

«Por esta razón, sus ruegos pueden llamarse, tienen más de imperio que de súplica. La oración de la Virgen —dice San Antonino— tiene carácter de mandato, por eso es imposible no ser escuchada.

«Los otros Santos —escribe San Pedro Damiano— postrados a los pies de Jesucristo, piden con súplicas a manera de siervos; pero la Virgen se presenta delante de su trono, no suplicando, sino mandando; no como esclava, sino como Señora».

«Pues bien... esta intercesión o mediación actual de María es la que se dice indispensable para que los hombres reciban cualesquiera gracias; de manera que sin ella no es

posible recibir ninguna. Y por gracias hay que entender todas aquellas que mereció Jesucristo, en otras palabras, todo cuanto puede servir para crear, conservar, perfeccionar y consumar en el hombre la vida sobrenatural y divina; por consiguiente, la gracia santificante, las gracias actuales, las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo, el perdón de las culpas, la satisfacción de la: penas, la gloria, los bienes temporales conducentes a nuestra santificación y salvación, y todo cuanto de alguna manera puede contribuir al bien espiritual de las criaturas.

«No se excluye de la mediación, .ni siquiera la gracia que se recibe en los Sacramentos; no que estos dependan en su acción de la voluntad y anuencia de María, sino porque sin ella, o no se recibirá el Sacramento o se le recibirá sin las debidas disposiciones...»

Esta consoladora doctrina de la intervención de la Virgen en la economía de los frutos de lo Redención, .ha sido proclamada con extraordinario fervor y magistral elocuencia por los Santos Padres y Doctores de la Iglesia.

Saboreemos estos trozos de San Germán de Constantinopla: «¡Oh Virgen, oh Madre de Dios es tan poderosa vuestra intercesión que para obtener la salvación no necesitamos otros intercesores delante de Dios... Nadie hay, oh Santísima que se salve sino por Vos. Nadie, oh purísima que reciba los dones de Dios sino por Vos. Nadie, oh honorabilísima, a quien la bondad divina otorgue sus gracias, sino por Vos».

«Por Ella —dice otro Doctor— tenemos el ser el movimiento y la vida... y para decirlo todo de una vez: cuanto hay de dichoso para nosotros en la vida presente y en la futura, todo nos viene por Ella...»

«Queriendo Dios rescatar, dice magistralmente San Bernardo, el género humano, pone el precio entero en

María... Puesto que ha colocado en Ella la plenitud de todos los bienes, quiere que cuanto hay en nosotros de esperanza, de gracia de salvación todo... nos venga de aquella que se remonta a los cielos inundada de delicias. Quitad el sol ¿qué será del día? Quitad a María estrella del mar... ¿qué quedará sino una inmensa niebla, sombras de muerte y las más espesas tinieblas?»

Hermanita, ¡vives en un mundo insensible frío, materialista, tentador, corrompido...! ¡Y tú eres... una pobre mujer; pobre y ruin en tu cuerpo y más pobre y ruin en tu alma; inclinada al mal, rodeada de peligros, necesitada de todo y en cada momento...! ¡Y tú eres una virgen consagrada a Dios, un alma de grandes y altos ideales, que no se contenta con una medianía, que se ha desposado con el Amor de los Amores, que nada quiere con el mundo y está de espaldas a él, cuya vida es vida de gracia divina, de espíritu, vida sobrenatural y deifica...!

¡Qué audacia...! ¿Dónde está tu esperanza? ¿Dónde tu ayuda? ¿Dónde tu apoyo, tu fuerza, tu seguridad? ¿Dónde tus alas para subir...?

¡Oh! ¡María! ¡En María! En el poder de María, en la intercesión de María, en la que es Reina de pureza, de la más inmaculada pureza... ¡en tu Madre!

CAPÍTULO VI

Hermanitas internas

VI. Una hermanita ejemplar

El cuadro y plan de vida, que acabamos de describir, tal vez asuste un poco a la hermanita interna. Si tal es o debe ser la perfección de la interna, dirá ella, el paso al último grado de la Obra va a ser patrimonio de gente escogida, con vocación casi de heroína.

Por de pronto, no quitamos ni una tilde de lo dicho; mas tampoco las hermanitas deben asustarse a la primera impresión. Llegue o no, a esa perfección aspira toda hermanita desde que entró en la Obra; y es de suponer, que, al llegar al grado de interna, estará más cerca, acaso a la puerta y quizás ya dentro de esa perfección. No se preocupe, siga caminando con ánimo, y... llegará.

Ante sus ojos ponemos, para que la imite, una hermanita modelo; mírela y... ¡adelante! Espejo de hermanita es Ella, y nada tiene que no sea imitable; lo que Ella ha hecho es para que otras lo hagan también.

Esta hermanita modelo es MARÍA.

Poco se escribe y muy poco Se habla de la imitabilidad de María. Providencialmente hemos dado con una obra, que hemos tomado por guía en estas consideraciones, que dedicamos a nuestras hermanitas. Espigando en ella vamos a completar estos importantes puntos.

María es nuestro modelo. Ha sido puesta como mediadora entre Dios y los hombres, no sólo para estrechar las relaciones del hombre con Dios sino también para imitarla y asemejarnos a ella, a fin de que seamos menos indignos de acercarnos a Dios y de que Dios se acerque a nosotros.

Si en la imitación nos acercamos a María, nos acercamos también a Dios, se acortan las distancias.

María es modelo perfecto y acabado; no hay en Ella imperfección alguna, no hay mancha, ni impureza, ni incorrección; todo es terso, perfecto y acabado. Es Ella, al mismo tiempo, la criatura más rica en gracia y en todo género de virtudes.

«No hay—dice el P. Alameda, O. S. B.— ni habrá jamás criatura, sin exceptuar los querubines y serafines, ni a los más altos Santos del Cielo, en la que Dios muestre tanto sus perfecciones internas y externas como en la divina Madre. María es el paraíso de Dios y su mundo inefable, donde el Hijo de Dios entró para obrar maravillas. Un mundo ha hecho Dios para el hombre peregrino...; otro para el hombre bienaventurado. Mas, para Sí mismo, ha hecho `otro mundo y lo ha llamado MARÍA; mundo desconocido a casi todos los mortales de la tierra e incomprensible a los ángeles y bienaventurados todos del cielo... Feliz y mil veces feliz es en la tierra el alma a quien el Espíritu Santo revela el secreto de María...»

«Sin embargo... el ser la gracia de María un abismo sin fondo y sus virtudes montañas elevadísimas..., lejos de

acobardar nuestra pequeñez, sirve admirablemente para infundir aliento en los corazones pusilánimes. Son virtudes de la Madre, que nos ha dado el ser. Y los hijos pueden y deben parecerse a la Madre».

Hay que imitar a la Madre; hay que parecerse a la Madre; hay que copiar a la Madre; y la Madre se acerca a nosotros de manera muy imitable.

Así lo creyó Santa Teresita, cuando dijo: «Si hubiera sido sacerdote, ¡qué bien hubiera hablado yo de Ella! Nos la presentan inaccesible, debieran presentárnosla imitable. Tiene más de Madre que de Reina...»

Y la insigne carmelita Sor Isabel de la Santísima Trinidad, decía: «Es tan sencilla el alma de la Virgen... Fue su vida tan sencilla que ninguna otra santa me parece ser tan imitable».

¿Que son pocos los hechos que se conocen de su vida? No importa, en pocos rasgos se nos completa su divina y encantadora fisonomía.

Para ti, hermanita de la Alianza, hay unos cuantos magníficos, cuya imitación te basta para ser perfecta aliada y perfecta santa.

Y sea el primer rasgo y resumen de todos los demás, éste que nos describe la inspirada carmelita Sor Isabel: «*María conservabat omnia verba haec conferens in corde suo*». Es decir, que María vivió una vida interior intensa, vivió dentro de sí, en su corazón, a una profundidad imposible de ser descubierta.

Antes de verificarse el misterio de la Encarnación, ya María vivía en Dios y Dios vivía en Ella; antes que el Ángel viniera a anunciarle el misterio, el Espíritu Santo era Huésped permanente de su riquísima alma.

Y Nazaret, después, seguirá siendo el gran sacramento de las intimidades entre Jesús y María; alma consagrada, Esposa y Madre en una pieza, por un lado, y Dios, Esposo e Hijo, por otro.

¡Qué vida la de estos seres! ¡qué comunicaciones tan profundas! ¡Qué elevaciones tan divinas! ¡ qué oración! ¡ qué coloquios! ¡qué unión!

He ahí, hermanita, el principio fundamental de tu vida de aliada; vida de intimidad divina en medio del mundo. María, tu modelo...

Otro rasgo imitable: el ocultamiento. «María conservaba todo en medio de su corazón». En Nazaret todo ha pasado inadvertido. La familia del carpintero no tiene distinción alguna entre los vecinos del pueblo. El velo de una encantadora sencillez ha ocultado los más sublimes misterios. Una vida vulgar que está a la vista de todos, guarda y esconde la otra vida, que es la verdadera vida, que permanece en el interior.

Así debe ser la vida de toda hermanita en el escondido Nazaret de su pueblo y de su hogar. El velo de la modestia y de la sencillez debe en la aliada ocultar toda manifestación del resplandor interior de su vida íntima con Jesús. De su perfecta consagración al Corazón Divino y de sus frutos más o menos abundantes que se maduran en su alma, nadie debe sospechar; todo debe pasar en el interior. «*Omnis gloria filiae regis ab intus*».

Nuevo rasgo imitable de María es su inmaculada virginidad. En el mundo la primera flor de esta celestial virtud fue plantada por el Espíritu. Santo en el corazón de María. El mundo era un erial y no había tierra ni clima para tan delicada flor, hasta que Dios trajo al mundo a lo Inmaculada, preparando en ella un huerto cerrado, en el cual

el Divino Hortelano plantara la fragante azucena de la virginidad.

«Flor del campo y lirio de los valles» podemos, como a Jesús, llamar también a María. Virgen, no del claustro amurallado, sino del pueblo, del hogar, del taller, es María.

¡Oh, hermanita! Nadie como tú puede parecerse a la Reina de la pureza. Ella es tu modelo: estúdiala, imítala. Ella es la primera HERMANITA; sé tú su hermanita.

¿Y qué diremos de su profundísima humildad? Toda la gloria que se encierra en la Madre de Dios y que hace que todas las generaciones la proclamen bienaventurada, viene de su humildad.

Por ser pequeña halló gracia delante de Dios altísimo. Si el mundo la ensalza, es porque Ella se llamó y se hizo esclava del Señor.

«La humildad —dice San Bernardo— he aquí lo que acaba de determinar al Verbo divino a salir del seno del Padre... y bajar al abismo de nuestra nada... El abismo de la humildad de una virgen llama a otro abismo, mayor, el anonadamiento de Dios».

¡Hermanita! Entre la juventud vana, orgullosa, presumida y egoísta, tú, *ancilla Domini*, seguirás las huellas de tu Madre, modelo, de humildad; imitarás a la doncella humildísima y sencillísima de Nazaret.

Hasta el amor de María tiene mucho de imitable. El amor de María es un océano de inmensidad, los santos son ríos nada más, nosotros somos como gotas de rocío a su lado; pero en nuestra pequeñez podemos y debemos amar como María: amor sin mezcla de otro amor, amor de virgen, amor puro, amor recto y sin interés, sin egoísmos, amor generoso, noble, sincero, amor probado en el crisol del sacrificio y de la

inmolación, amor encendido, ardiente, celoso; así fue el amor de María...

Y, por fin, magnífico rasgo imitable en María es su vida de sacrificio. Sus admirables títulos de Virgen y de Madre descansan en el ejercicio y práctica del continuo sacrificio. En el Templo es consagrada su virginidad, en la Anunciación es consagrada su Maternidad, y en ambos momentos debía repetir Ella la misma fórmula: «*Ecce ancilla Domini*» «*Fiat*...» Y es el «fiat» del sacrificio, del entregamiento, de la inmolación...

Al consagrar tu virginidad, hermanita amada has dicho también tú: «*Ecce ancilla Domini... Fiat*», y es el «*fiat*» de tu entregamiento, de tu inmolación, de tu sacrificio.

Hasta el «*Consummatum est*» del Gólgota, lo mismo que María, la hermanita ha de ir pisando las huellas ensangrentadas de su Amado. No sería esposa del Crucificado, si ella no quisiese ser crucificada al lado de su Divino Maestro.

Cuando al Hijo bajaron de la Cruz, aun en ella quedó crucificada su Madre. ¡Hermanita! Déjate crucificar, si quieres ser hija de aquella crucificada Madre.

Y resumiendo:

¡Que vivas en María...! ¡Que vivas como María!,

¡Que imites a María...! ¡Que por María vayas a Jesús!